

EL TIEMPO FUGITIVO

EL TEJERO Y LA PROCESIÓN

Eloy Cutanda Pérez

Así pues, yo soy en gran parte lo que he heredado, un pasado específico que está presente en alguna medida en mi presente. Me encuentro formando parte de una historia y en general esto es afirmar, me guste o no, lo reconozca o no, que soy uno de los soportes de una tradición.

Alasdair MacIntyre, Tras la virtud.

La tradición, amén de transmisión, se convierte en conjunto de actividades humanas que, repetidas periódicamente, se adorna con cierta pátina de antigüedad –da igual que sean diez, treinta o cien años– y contiene elementos que a menudo pasan desapercibidos para los que la aceptan o la sufren. Entre estos suele encontrarse una gran falta de espíritu crítico. La tradición se resiste al cuestionamiento, a la revisión y a los cambios, y todo aquel que participa en el desarrollo de cualquier actividad tradicional lo hace a sabiendas de que habrá de admitir modelos y pautas seguidas por el resto de sus convecinos. La tradición también se nutre, sin duda, de las convenciones sociales, éstas más cristalizadas por el paso del tiempo. Si introducimos el factor religioso, director durante siglos en el nacimiento y desarrollo de ciertas costumbres, el asunto se torna solemne y de todos es sabido que el peso de la solemnidad, inconmensurable, se nota en el mínimo detalle.

En suma, nos encontramos con algo que acontece desde hace tiempo, que se desarrolla de una determinada manera, que no estaría bien visto evitarlo y que probablemente, por lo que a la fe respecta, oriente el signo de tu salvación. Las procesiones religiosas han sido y son una muestra patente de todo esto. Más en tiempos pasados y en pequeños vecindarios, donde aún pueden apreciarse ciertos modos de dirigirse y comportarse que se asumen como propios y antiguos.

La procesión es un vaivén, a veces una inconstancia por mucho que sus formas se repitan año tras año. Es un trajinar de gentes, también un ir para ver y para ser visto. En muchas ocasiones lo verdaderamente importante se ha hecho en procesión.

El tipo de procesión civil más común por estas tierras fue la ronda, que guardó siempre sus medidos pasos para ir bien concertada. Los años ochenta del siglo pasado motivaron cambios en el desarrollo de las festividades locales. Las grandes orquestas sustituyeron a los cuatro músicos capaces de tocar el mismo repertorio du-

rante todos los días en sesiones interminables que incluían la del vermú. Músicos que también tocaban en la procesión principal de las fiestas. Mas cuando por cuestiones presupuestarias hubo que elegir entre orquesta y procesión, ganó ampliamente la primera, al menos en los primeros años de desconcierto. Las procesiones se solventaron en silencio por falta de músicos tradicionales; tanto daba: la procesión iba por dentro, que es como llevar la música incorporada.

Las procesiones de carácter religioso siempre tuvieron un punto de rigor y empaque. La documentación antigua revela la imposición de multas por no asistir a ellas. Pero no son tan lejanos los tiempos en que la censura vecinal conseguía dar al traste con tu escasa reputación. Las formas, sin embargo, no debieron de cambiar mucho, y los escenarios y las tramas podrían haberse repetido más de una vez.

No hace tanto, pues, que la historia de Ausencio Torres, tejero de profesión, podría haberse producido. Al menos desde que las tejas se hacían a mano, paciente-mente a mano, al albur del agua y del sol. La necesaria para cogerla del manantial; el preciso para secar el producto. ¡Joder con el medio virtuoso! No era aquel un trabajo fácil. Mucho menos en aquellos tiempos de sequía. Un largo periodo de sol implacable en el que los descuidos convertían los secarrales en *socarrales*.

Así que, como se hizo en otras ocasiones, las buenas gentes del lugar determinaron la necesidad de implorar la intercesión divina. La rogativa para pedir agua se celebraría el próximo domingo. Los santos patronos serían llevados a hombros por cuatro de los quintos de aquel año, en difícil recorrido hasta la encumbrada ermita de la Virgen del Rosario. La de San Sebastián, más alejada, había desaparecido y ni los cimientos podían apreciarse. Sólo la imagen del santo, a buen recaudo en una de las capillas del templo parroquial, recordaba la devoción de algunos feligreses. La de San Roque y la de la Concepción hacía tiempo que se habían convertido en almacenes.

Para Ausencio, el domingo podía ser un día más de trabajo, si no a jornada completa, sí al menos para rematar cierta tarea pendiente y necesaria. Y así, en efecto, el tejero decidió emplear al menos media mañana del día sagrado para poner a secar al sol unas tejas. Faena entretenida que terminó más pronto de lo que había cal-



culado. Cuando hubo finalizado la tarea, se refrescó en la fuentecilla. Primero remojó a conciencia sus antebrazos, pues decía que de aquella manera le bajaría la temperatura corporal sin brusquedades; luego hizo lo mismo con la cara y la nuca. Después de secarse, cambió el sombrero de paja por la boina y se mudó de camisa. Echó un largo trago de agua del botijo. Por fin, se sentó a liarse un cigarro que fumó despaciosamente. Si se apuraba, aún podría llegar a tomar un par de vinos con la parroquia en el ventorrillo. Bajó hasta el pueblo con la satisfacción de haber cumplido con la obligación inexcusable.

Llegó sediento, más por el deseo de degustar el vino que por la caminata. Al entrar al lugar dobló a la calle del Pósito y volvió a girar a su derecha para encaminarse a la taberna. Trayecto insólito del que, más tarde, no supo dar razón de por qué lo había escogido. Eso debía ser lo de los caminos inescrutables, se dijo. Al salir a la calle más ancha ocurrió lo que tenía que ocurrir. Ensimismado con la recompensa y el hermoso día soleado, no advirtió la procesión y se topó sin remedio con el cortejo de gentes que repetían sin descanso las rogativas:

Virgencica del Rosario,
tú que tienes gran poder,
no te olvides de tu pueblo,
haz que comience a llover.

Mientras dejaba paso, se persignó y alguien lo agarró del brazo invitándole a participar en el recorrido. Como cuerpo arrastrado por la riada se vio de repente en medio de la comitiva sin posibilidad de escape. Adiós vino, adiós descanso, adiós compadres y hermanos. ¿Qué otra cosa podía hacer sino dejarse llevar? ¿Cómo podría abandonar? Al aminorar su paso, logró colocarse como el último fiel. Las voces agudas de las mujeres destacaban sobre las de los hombres y le permitían entender el verdadero fin de todo aquello:

Hermoso San Sebastián,
ten compasión de los pobres,
échanos cántaros de agua,
defiende a los labradores.

No le gustó lo que oyó. Los labradores... ¿Y los tejeros? Y luego estaba lo de los cántaros. No se conformaban con una lluvia meona, no; tenían que ser cántaros. No era bueno tentar al cielo. Hasta las rogativas debían estar bien medidas. Aún recordaba alguna de las que le contó su abuelo, en que los feligreses decidieron pedir agua con la imagen del cristo más grande que encontraron en la iglesia. El efecto fue inmediato y devastador, pues la riada consiguiente arrasó con gran parte de los edificios de la población. Indignados –y sacrílegos a la postre–, resolvieron echar

al río la efigie, que apareció entre las aguas varios pueblos más abajo para alegría de sus gentes milagreras. La memoria debió seguir húmeda durante años y al punto de una nueva sequía sacaron el cristo más pequeño y aun le iban advirtiéndolo: «Y tú, acuérdate de lo que le pasó a tu padre».

«¡Qué falta de criterio y qué poco pensar en el prójimo! Por mí que no quede –se dijo–, no pienso decir ni mu». Enfadado como iba, oyó la tercera rogación que le pareció más moderada:

María la Magdalena,
todos miramos al cielo,
para que mandes el agua
que regará nuestro suelo.

Pero la cuarta ya no la pudo sufrir:

Pedid a Dios nuestro Padre,
benditos Justo y Pastor,
que escuche nuestra plegaria:
máندانos agua, Señor.

«¡No, no y no! ¡Los santos patronos también!» Aquello era jugar con ventaja.

Las plegarias culminaban cuando el sacristán, hombre de voz atiplada, levantaba la cruz y a grito pelado cual orden cuartelera, nombraba a cada uno de los mediadores para alcanzar la gracia, a la vez que los integrantes de la procesión respondían al unísono con la misma frase

Por la Virgen del Rosario,
¡máندانos agua, Señor!
Por nuestro San Sebastián,
¡máندانos agua, Señor!
Por María Magdalena,
¡máندانos agua, Señor!
Por San Justo y San Pastor,
¡máندانos agua, Señor!

Desde los últimos lugares de la procesión, aún consiguió situarse a unos dos metros por detrás de ella. Aquel hubiera sido un buen momento para abandonarla y no seguir violentándose. Pero él no era un hombre que se arrojara ante este tipo de dificultades. ¿Quién, si no era él, iba a defender lo suyo? ¿Por qué Dios iba a hacer más caso a unos que a otros? (Y recordaba la copla castellana: *vinieron los sarracenos / y nos molieron a palos / que Dios ayuda a los malos / cuando son más que*

los buenos; «bueno, tal vez por eso» –se respondió). Así que optó por seguir, cual quintacolumnista, ayudándose a sí mismo, por si allá arriba tenían a bien hacerse eco de sus plegarias. Una vez más el sacristán alzó la cruz y de nuevo se repitió la letanía. Esta vez, del fondo de la comitiva, una voz apenas audible respondía a su modo entre la petición general:

Por la Virgen del Rosario...
...sol y moscas y agua no.
Por nuestro San Sebastián...
...sol y moscas y agua no.
Por María Magdalena...
...sol y moscas y agua no.
Por San Justo y San Pastor...
...sol y moscas y agua no.

No vino el agua y siguió sin venir durante un tiempo. Ausencio Torres creyó haber hecho lo correcto para salvar su producción de tejas. Días más tarde, las feligresas seguían insistiendo y animaban al párroco a decir misas por la tan ansiada lluvia. «Aquí tiene dos duros, padre, para una misa», «y aquí tiene otros dos para otra». El cura, que al parecer dudaba de sus propias fuerzas, les respondía: «Está bien, hijas, está bien; si queréis, digo las misas, pero... el tiempo... no está de llover».

